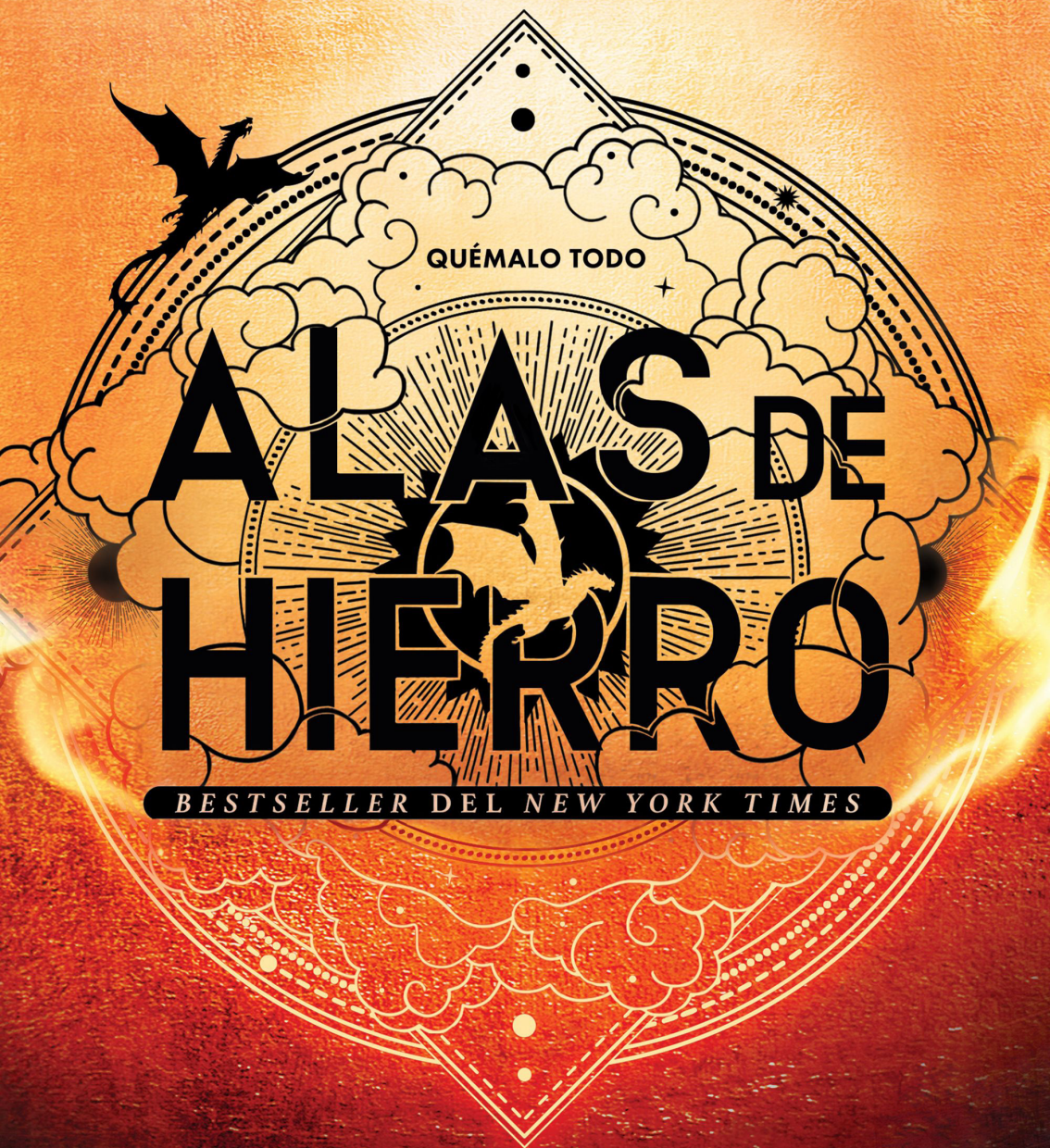


«Una saga de fantasía como nunca antes habías leído».

—JENNIFER L. ARMENTROUT, AUTORA DE LA SAGA DE SANGRE Y CENIZAS



REBECCA YARROS

 Planeta

EMPÍREO 2



REBECCA YARROS

 Planeta



UNO

En el año 628 después de nuestra Unificación, por la presente queda registrado que Aretia ha sido calcinada hasta los cimientos por fuego de dragón, según lo estipulado en el Tratado que pone fin al movimiento separatista. Las personas que han huido han sobrevivido; las que no, siguen sepultadas bajo sus ruinas.

—AVISO PÚBLICO 628.85, TRANSCRITO POR CERELLA NIELWART

La revolución tiene un sabor extrañamente... dulce.

Observo a mi hermano mayor al otro lado de la mesa de madera chamuscada, en la gigantesca y ajetreada cocina de la fortaleza de Aretia, mientras mordisqueo la galleta de miel que me ha dejado en el plato. Carajo, qué rica está. Riquísima.

O tal vez sea porque llevo tres días sin comer, desde que un ser no tan mitológico me apuñaló en el costado con una hoja envenenada que debería haberme matado. De hecho, me habría matado de no ser por Brennan, que no deja de sonreír mientras mastico.

Esta bien podría ser la experiencia más surrealista de mi vida. Brennan está vivo. Los venin, seres oscuros que creía que solo existían en los cuentos de hadas, son reales. Brennan está vivo. Aretia sigue en pie, a pesar de que la calcinaron hace seis años, tras la Rebelión tyrrish. Insisto: Brennan está vivo. Tengo una nueva cicatriz de ocho centímetros en el abdomen, pero no he muerto. Y Brennan está vivo.

—Las galletas están ricas, ¿verdad? —me pregunta agarrando una del plato que hay entre nosotros—. Me recuerdan un poco a las que

nos preparaba aquel cocinero cuando estábamos apostados en Calldyr, ¿te acuerdas?

Lo observo y mastico. Es tan... él. Y, sin embargo, lo recuerdo distinto. Tiene los rizos café rojizo recortados a poca distancia del cráneo, en lugar de colgarle por la frente, y lejos queda la suavidad de los ángulos de su rostro, que ahora cuenta también con unas diminutas arrugas en las comisuras de los ojos. Pero esa sonrisa, esos ojos... Es él, sin duda. Y que antes de llevarme a ver a mis dragones me haya puesto como condición que coma algo es la idea más propia de mi hermano que he visto jamás. Que tampoco es que Tairn espere nunca permiso alguno, lo que significa que...

—*Yo también creo que deberías comer algo.*

La voz grave y arrogante de Tairn me inunda la cabeza.

—Sí, sí —respondo del mismo modo, tratando de comunicarme de nuevo mentalmente con Andarna mientras uno de los trabajadores de la cocina pasa ligero a nuestro lado, lanzándole una media sonrisa a Brennan.

Andarna no responde, pero siento ese destellante brillo entre nosotros, aunque ya no sea dorado como sus escamas. No consigo vislumbrarla en mi cabeza, pero aún tengo la mente algo nublada. Se ha vuelto a dormir, algo que no debería sorprenderme después de haber utilizado toda su energía para detener el tiempo. Después de lo que ocurrió en Resson, probablemente necesite descansar una semana, como mínimo.

—No has dicho nada. —Brennan ladea la cabeza como antaño, cuando intentaba resolver un problema—. Es inquietante.

—Lo que es inquietante es que me mires mientras como —replico después de tragar, con la voz todavía algo ronca.

—¿Y? —Se encoge de hombros con indiferencia, y al sonreír se le dibuja un hoyuelo en la mejilla. Es el único rasgo infantil que le queda—. Hace unos días estaba bastante convencido de que no volvería a verte hacer, bueno, pues nada. —Da un buen mordisco. Supongo que sigue teniendo el mismo apetito, y eso, por extraño que parezca, me reconforta—. De nada por la reparación, por cierto. Considéralo un regalo por tu vigésimo primer cumpleaños.

—Gracias.

Tiene razón. Me he pasado mi cumpleaños durmiendo. Y estoy segura de que estar en la cama al borde de la muerte ha sido un drama más que suficiente para todas las personas de este castillo, o casa, o como lo llamen.

El primo de Xaden, Bodhi, irrumpe en la cocina uniformado, con el brazo en cabestrillo y su maraña de rizos negros recién recortados.

—Teniente coronel Aisereigh —anuncia Bodhi entregándole a Brennan una misiva doblada—. Esto acaba de llegar de Basgiath. El jinete no se marchará hasta esta noche, por si quiere responder.

Me lanza una sonrisa y vuelvo a quedarme como piedra ante lo mucho que se parece a Xaden, aunque con un aspecto más delicado. Tras hacerle un gesto aprobatorio de cabeza a mi hermano, da media vuelta y se va.

¿Basgiath? ¿Hay otro jinete aquí? ¿Cuántos habrá? ¿Qué tamaño tiene exactamente esta revolución?

Las preguntas se me disparan en la cabeza antes de darme tiempo a verbalizarlas.

—Un momento. ¿Eres teniente coronel? ¿Y quién es Aisereigh? —inquiero, claro, como si esa fuera la pregunta más importante.

—Tuve que cambiarme el apellido por razones obvias. —Sin dejar de mirarme, despliega la misiva, rompiendo un sello de lacre azul—. Y no puedes ni imaginarte lo rápido que te ascienden cuando todos los que están por encima de ti van muriendo —continúa antes de leer la carta, maldecir y guardársela en el bolsillo—. Tengo que reunirme con la Asamblea, pero termínate las galletas y nos encontraremos en el salón en media hora para ir a ver a tus dragones.

Todo rastro del hoyuelo y del hermano mayor risueño desaparecen, sustituidos por un hombre que apenas distingo del resto, un oficial que no conozco. Brennan es, a efectos prácticos, un desconocido.

Sin esperar respuesta, arrastra su silla hacia atrás con un chirrido y sale atropelladamente de la cocina. Mientras sorbo la leche, contemplo el espacio vacío que mi hermano ha dejado frente a mí, con el asiento aún apartado de la mesa, como si pudiera volver en cualquier momento. Me trago la galleta que se me ha quedado atascada en la garganta y alzo la barbilla, decidida a no volver a esperar sentada a que mi hermano regrese. Me apoyo en la mesa para levantarme y

salgo tras él, dejando atrás la cocina y atravesando el largo pasillo. Debía de tener prisa, porque ya no lo veo por ninguna parte.

La intrincada alfombra amortigua mis pasos por el corredor, ancho y arqueado, hasta llegar a... ¡Vaya! La imponente escalera doble pulida con sus ornamentados pasamanos que se alza tres, no, cuatro plantas por encima de mí.

Estaba tan absorta con mi hermano que antes no le he prestado atención, pero ahora contemplo boquiabierta la arquitectura del inmenso lugar. Cada descansillo está ligeramente desplazado en comparación con el anterior, como si la escalera ascendiera hacia la mismísima montaña en la que tallaron esta fortaleza. La luz de la mañana se cuela por decenas de ventanucos, la única decoración del muro de cinco plantas que hay sobre las ciclópeas puertas dobles de la entrada de la fortaleza; parecen dibujar un patrón, pero estoy demasiado cerca para apreciarlo. Me falta perspectiva, algo que en estos momentos es una metáfora bastante fiel de mi vida.

Dos guardias vigilan todos y cada uno de mis pasos, pero no hacen ademán de detenerme cuando paso por delante de ellos. Al menos eso significa que no soy una prisionera. Sigo avanzando a grandes zancadas por el salón principal de la fortaleza hasta que oigo voces provenientes de una habitación al otro lado, donde una de las dos grandes puertas ornamentadas está entreabierta. Al aproximarme, reconozco al instante la voz de Brennan, y noto una opresión en el pecho ante ese timbre que tan familiar me resulta.

—No servirá —retumba la voz cavernosa de mi hermano—. Si-guiente sugerencia.

Continúo caminando por el enorme vestíbulo, ignorando lo que parecen ser dos alas más a izquierda y derecha. El lugar quita el hipo. Medio palacio y medio casa, pero sin duda una fortaleza. Los gruesos muros de piedra son los responsables de que se salvara de su supuesta destrucción seis años atrás. Por lo que he leído, la Casa Riorson jamás ha sido allanada por ningún ejército, ni siquiera durante los tres sitios que conozco.

«La piedra no arde»; eso fue lo que me dijo Xaden. La ciudad, ahora reducida a pueblo, se ha estado reconstruyendo en secreto durante años bajo las narices del general Melgren. Las reliquias, las mar-

cas mágicas que llevan los hijos de los líderes de la Rebelión ejecutados, los enmascaran de algún modo del sello de Melgren cuando van en grupos de más de tres personas, de modo que no es capaz de ver el resultado de las batallas donde estén presentes, y tampoco ha podido «verlos» nunca organizándose aquí.

Hay ciertos aspectos de la Casa Riorson, desde su posición defendible tallada en la ladera de la montaña hasta sus suelos adoquinados y puertas dobles reforzadas con acero de la entrada, que me recuerdan a Basgiath, el colegio de guerra que he considerado mi hogar desde que a mi madre la destinaron allí como comandante general. Pero ahí terminan todas las similitudes. Aquí hay obras de arte reales en las paredes, no solo bustos de héroes de guerra expuestos en soportes, y estoy bastante convencida de que lo que cuelga al otro lado del salón, desde el lugar en que Bodhi e Imogen esperan frente a una puerta abierta, es un tapiz auténtico de Poromiel.

Imogen se lleva un dedo a los labios y me hace un gesto para que me coloque en el espacio vacío entre ella y Bodhi. Obedezco, y me doy cuenta de que hace poco, mientras yo descansaba, alguien le ha teñido la mitad rapada de la cabeza de un rosa brillante. Es evidente que está cómoda aquí, igual que Bodhi. Los únicos indicios de que han estado en una batalla son el cabestrillo que sujeta el brazo fracturado de Bodhi y el corte en el labio de Imogen.

—Alguien tendrá que decir obviedades.

El dueño de la voz es un tipo mayor con un parche en el ojo y una nariz aguileña, sentado a un extremo de la mesa que ocupa toda la longitud de una estancia con planta superior. Unos mechones de pelo ralo y gris enmarcan los profundos surcos de una piel un tanto bronceada y ajada, y los carrillos le cuelgan como a un ñu. Se recuesta en la silla, colocándose una gruesa mano sobre su oronda panza.

Pese a que en la mesa podrían caber fácilmente treinta personas, tan solo hay cinco a un lado, todas vestidas de negro jinete, colocadas cerca de la puerta, pero en un ángulo desde el que tendrían que girarse por completo para vernos, algo que no hacen. Brennan recorre la mesa, pero también en un ángulo desde el cual le costaría divisarnos.

Se me forma un nudo en la garganta y caigo en la cuenta de que voy a necesitar un tiempo para acostumbrarme a verlo vivo. En cier-

to modo es exactamente como lo recordaba, aunque distinto. Y, sin embargo, aquí está: vivo, resoplando, con la mirada clavada en el mapa del continente que pende de la pared y cuyo tamaño solo rivaliza con el del auditorio de la asignatura Informe de Batalla de Basgiath.

Y frente al mapa, con una mano apoyada en una enorme silla mientras observa la mesa y sus ocupantes, se encuentra Xaden. Tiene buen aspecto, incluso con las ojeras que mancillan su tez morena por la falta de sueño. Los altos pómulos de sus mejillas, los ojos oscuros que suelen suavizarse cuando se encuentran con los míos, la cicatriz que le separa en dos la ceja y termina cerca del ojo, la reluciente reliquia arremolinada que acaba en su mandíbula y las líneas esculpidas de esa boca que tan bien conozco se aúnan para que su físico me parezca perfecto; carajo, y eso es solo la cara. Su cuerpo es incluso... mejor, y por cómo lo utiliza cuando me tiene entre sus brazos...

«No». Niego con la cabeza y corto ahí mismo los pensamientos. Puede que Xaden sea hermoso, poderoso y terriblemente letal, algo que no debería excitarme tanto como lo hace, pero no puedo fiarme de él para que me cuente la verdad sobre..., bueno, sobre nada. Y eso es como una puñalada en el corazón, teniendo en cuenta que estoy enamorada de él hasta rozar el patetismo.

—¿Y qué es eso tan obvio que tienes que decir, mayor Ferris? —pregunta Xaden con un tono de auténtico y absoluto aburrimiento.

—Es una reunión de la Asamblea —me susurra Bodhi—. Solo se necesita un cuórum de cinco para votar, porque los siete casi nunca coinciden aquí a la vez, y con cuatro votos ya se puede secundar una moción.

Almaceno esa información en algún lugar de mi mente.

—¿Se nos permite escuchar?

—Las reuniones están abiertas a todo aquel que quiera asistir —responde Imogen con el mismo tono de voz.

—Y estamos asistiendo... ¿en el pasillo? —pregunto.

—Sí —responde Imogen sin más explicación.

—La única opción es regresar —continúa el nariz aguileña—. De lo contrario, ponemos en riesgo todo lo que hemos construido

aquí. Enviarán rastreadores y no contamos con suficientes jinetes para...

—Es un poco difícil reclutar a alguien cuando estás intentando pasar inadvertido —replica una mujer delgada de brillante pelo negro, como el de un cuervo, y la piel parda en torno a sus ojos se arruga al fulminar con la mirada al anciano.

—No nos desviemos del tema, Trissa —dice Brennan frotándose el puente de la nariz. La nariz de nuestro padre. La similitud es inquietante.

—¡No tiene ningún sentido aumentar nuestros efectivos sin una forja operativa para armarlos! —brama el nariz aguileña—. No sé si se dieron cuenta de que seguimos faltos de luminarias.

—¿Y cómo van las negociaciones con el vizconde Tecarus para que nos proporcione la suya? —pregunta un tipo fornido con una calmada voz de trueno, jalando su densa barba plateada con una mano color ébano.

¿El vizconde Tecarus? No consta como familia noble en ningún registro navarro. De hecho, en nuestra aristocracia ni siquiera hay vizcondes.

—Seguimos intentando llegar a una solución diplomática —responde Brennan.

—No hay solución alguna. Tecarus no ha superado todavía que lo insultaras el último verano.

Una anciana con la complexión de un hacha de guerra clava la mirada en Xaden; el cabello rubio le cae justo por debajo de la afilada barbilla de alabastro.

—Ya les dije que el vizconde jamás accedería a proporcionárnosla —contesta Xaden—. El tipo se dedica a acaparar cosas, no a comerciar con ellas.

—Bueno, es evidente que ahora sí se negará a comerciar con nosotros —le escupe entornando los ojos—. Sobre todo al haberte negado siquiera a contemplar su última propuesta.

—Por mí se puede meter la propuesta por el puto trasero.

Xaden habla con calma, pero sus ojos tienen un brillo áspero que reta a cualquiera de los presentes en la mesa a llevarle la contraria. Casi como si quisiera demostrarles a aquellas personas que no mere-

cen su tiempo, rodea el brazo de la gigantesca silla que hay frente a ellos y se acomoda, estirando las largas piernas y apoyando los brazos en los reposabrazos de terciopelo, como si no pudiera importarle menos la situación.

El silencio en que se sume la sala es revelador. Xaden infunde tanto respeto en la Asamblea de esta revolución como en Basgiath. No reconozco a ninguno de los otros jinetes, salvo a Brennan, pero apostaría lo que fuera a que Xaden es el más poderoso de la estancia, dado su silencio.

—*De momento* —me recuerda Tairn con la arrogancia que solo pueden proporcionar cien años siendo uno de los dragones de batalla más formidables del continente—. *Indícales a los humanos que te lleven hasta el valle cuando acaben con sus jueguitos políticos.*

—Espero que encontremos una solución mejor. Si no podemos suministrar a los grupos armas suficientes para que combatan en condiciones el año que viene, la marea se habrá desplazado demasiado como para tener siquiera la esperanza de contener el avance de los venin —apunta el barba plateada—. Y todo esto no habrá servido de nada.

Se me cae el alma a los pies. ¿Un año? ¿Tan cerca estamos de perder una guerra de la que ni siquiera tenía constancia hace unos pocos días?

—Como he dicho, estoy trabajando en una solución diplomática para la luminaria —insiste Brennan con dureza—, y nos estamos yendo tantísimo del tema que ya no tengo claro si estamos en la misma reunión.

—Yo voto por requisar la luminaria de Basgiath —sugiere la anciana con complexión de hacha de guerra—. Si tan cerca estamos de perder la guerra, no hay otra opción.

Xaden le lanza a Brennan una mirada que no soy capaz de descifrar, y respiro hondo al darme cuenta de que él probablemente conozca mejor a mi hermano que yo misma. Y se lo había callado. De todo lo que me ha ocultado, eso es lo único que no puedo superar.

—¿Y qué habrías hecho con esa información de haber dispuesto de ella? —pregunta Tairn.

—*Deja de buscarle la lógica a una cuestión emocional.*

Me cruzo de brazos. Es el corazón lo que no permite que mi cabeza acabe de perdonar a Xaden.

—Ese tema está zanjado —contesta Brennan con firmeza—. Si tomamos la forja de Basgiath, Navarre no podrá reabastecer los almacenes de los puestos de defensa. La cantidad de civiles que morirían si esos guardias cayeran es inimaginable. ¿Quieres ser en parte responsable de eso?

Silencio.

—¡Pues entonces estamos de acuerdo! —exclama el nariz aguileña—. Hasta que podamos suministrar a los grupos, los cadetes deben regresar.

«Ah».

—Están hablando de nosotros —susurro. Por eso estamos fuera de su campo de visión.

Bodhi asiente.

—No es propio de ti que estés tan callada, Suri —añade Brennan mirando a la morena sentada a su lado, una mujer de hombros anchos y piel cetrina con un único mechón plateado en el cabello, cuya nariz tiembla como la de un zorro.

—Yo digo que nos quedemos con dos. —Su indiferencia hace que un escalofrío me recorra la columna mientras ella tamborilea sobre la mesa con unos dedos huesudos y un gigantesco anillo esmeralda que refleja la luz—. Seis cadetes pueden mentir tan bien como ocho.

Ocho. Xaden, Garrick, Bodhi, Imogen, tres marcados a los que no tuve ocasión de presentarme antes de que nos arrojaran a la batalla y... yo.

Me entran náuseas. Los Juegos de Guerra. Se supone que deberíamos haber terminado con la última competición del año entre las alas del Cuadrante de Jinetes en Basgiath y, en vez de eso, nos lanzamos a una batalla mortal con un enemigo que hasta la semana pasada solo creía producto del folclor, y ahora estamos..., bueno, pues aquí, en una ciudad que no debería existir.

Pero no estamos todos.

Se me forma un nudo en la garganta, y parpadeo para aliviar la quemazón que noto en los ojos. Soleil y Liam no sobrevivieron.

«Liam». Su cabello rubio y ojos azul cielo me ocupan la memoria, y noto una punzada de dolor entre las costillas. Su escandalosa risa. La facilidad que tenía para sonreír. Su lealtad y bondad. Se acabó. Ya no está. Y todo porque le prometió a Xaden que me protegería.

—Ninguna de esas ocho personas son prescindibles, Suri.

El barba plateada se inclina sobre las dos patas traseras de su silla y examina el mapa que hay detrás de Xaden.

—¿Qué propones, Felix? —replica Suri—. ¿Que armemos nuestro propio colegio de guerra con el tiempo que nos sobra? La mayoría ni siquiera ha terminado su educación. Aún no nos sirven.

—Hablan como si alguno de ustedes tuviera el poder de decidir si regresamos —la interrumpe Xaden, captando la atención de todos los presentes—. Aceptamos el consejo de la Asamblea, pero no nos lo tomaremos como más que eso: un consejo.

—No podemos arriesgarnos a perderte... —repone Suri.

—Mi vida vale lo mismo que las tuyas —dice Xaden haciendo un gesto hacia nosotros.

La mirada de Brennan se encuentra con la mía y abre mucho los ojos. Todas las cabezas de la sala se voltean hacia nosotros y yo reprimo el instinto de retirarme cuando casi todos los pares de ojos se posan sobre mí.

¿A quién ven? ¿A la hija de Lilith? ¿O a la hermana de Brennan?

Levanto la barbilla porque soy ambas cosas..., aunque no me sienta como ninguna de las dos.

—No todas las vidas —dice Suri mirándome fijamente a los ojos. Eso ha dolido—. ¿Cómo te has quedado de brazos cruzados y has permitido que oiga la conversación de la Asamblea?

—Si no querían que los oyéramos, hubieran cerrado la puerta —señala Bodhi entrando en la estancia.

—¡No es de fiar!

Es posible que la ira le haya teñido las mejillas de rojo, pero lo que veo en los ojos de Suri es miedo.

—Xaden ya ha asumido toda responsabilidad por ella. —Imogen da un paso al lado y se acerca un poco más a mí—. Por muy cruel que sea esa costumbre.

Atravieso a Xaden con la mirada. ¿De qué diablos está hablando?

—Sigue sin entender esa decisión en concreto —añade el nariz aguileña.

—Pues es bien simple. Ella es diez veces más capaz que yo —responde Xaden, y contengo el aliento al ver la intensidad en sus ojos. Si no lo conociera, diría que habla en serio—. Y no hablo de su sello. Además, le habría contado de todos modos lo que se ha dicho en esta sala, de modo que lo de la puerta abierta habría sido una simple formalidad.

Una chispa de esperanza se me enciende en el pecho. Tal vez se haya hartado de guardarse secretos.

—Es la hija de la general Sorrengail —apunta el hacha de guerra, con una clara nota de frustración en la voz.

—Y yo soy su hijo —replica Brennan.

—¡Y llevas seis años demostrando más que de sobra tu lealtad! —grita el hacha de guerra—. ¡Ella no puede decir lo mismo!

La rabia me enciende el cuello y me sube hasta las mejillas. Están hablando de mí como si no estuviera delante.

—Combatió a nuestro lado en Resson.

Bodhi se tensa al tiempo que también alza la voz.

—Debería estar encerrada. —Suri se pone como un tomate al apartarse de la mesa y levantarse, clavando la mirada en la mitad plateada de mi pelo que me forma la trenza de la coronilla—. Con lo que sabe, podría traernos la ruina a todos.

—Coincido. —El nariz aguileña se une a ella con un asco palpable que lanza en mi dirección—. Es demasiado peligrosa como para no estar prisionera.

Se me tensan los músculos del estómago, pero lo enmascaro como tantas veces he visto hacer a Xaden y mantengo los brazos a los lados, cerca de las vainas de mis dagas. Puede que tenga un cuerpo frágil y que no pueda fiarme de mis articulaciones, pero tengo una puntería letal con los cuchillos. Ni de broma pienso permitir que me encierren aquí.

Estudio a los miembros de la Asamblea, sopesando cuál es mi mayor amenaza. Brennan se endereza hasta su máxima altura.

—¿Aun sabiendo que está vinculada a Tairn, cuyos vínculos se vuelven más profundos con cada jinete y cuyo vínculo anterior ya era

tan fuerte que la muerte de Naolin estuvo a punto de matarlo? ¿Aun sabiendo que nos preocupa que Tairn muera con ella? Y que, precisamente por eso, ¿la vida de Riorson está ligada a la de ella? —pregunta, y hace un gesto de cabeza en dirección a Xaden.

La decepción me hace notar un regusto amargo en la boca. ¿Es eso todo lo que soy para él? ¿La debilidad de Xaden?

—Yo soy el único responsable de Violet. —Xaden baja la voz de pura malicia—. Y no soy suficiente; no hay uno, sino dos dragones que ya han respondido por su integridad.

Hasta aquí.

—Me tienen aquí delante —espeto, y una desagradable oleada de satisfacción me atraviesa el cuerpo al ver la cantidad de bocas abiertas que he dejado a mi paso—. Así que dejen de hablar de mí e intenten hablar conmigo.

A Xaden se le levanta la comisura de la boca, y el orgullo que se le dibuja en el rostro es inequívoco.

—¿Qué quieren de mí? —les pregunto irrumpiendo en la habitación—. ¿Que cruce el parapeto y demuestre mi valentía? Hecho. ¿Que traicione a mi reino defendiendo a ciudadanos de Poromiel? Hecho. ¿Que guarde sus secretos? —Hago un gesto en dirección a Xaden con la mano izquierda—. Hecho. He guardado todos los secretos.

—Salvo el más importante. —Suri enarca una ceja—. Todos sabemos cómo acabaste en Athebyne.

La culpa me oprime la garganta.

—Aquello no... —empieza Xaden, alzándose de la silla.

—No fue culpa suya. —El hombre de barba gris que tenemos más cerca, Felix, se levanta y se interpone entre Suri y yo al voltear hacia ella—. Ningún estudiante de primer año es capaz de resistirse a un lector de recuerdos, y menos si lo considera un amigo. —Voltea hacia mí—. Pero debes saber que ahora cuentas con enemigos en Basgiath. Si regresaras, sé consciente de que ya no debes contar a Aetos entre tus amistades. Hará todo lo posible para matarte por lo que has visto.

—Ya lo sé —digo, pero siento la lengua pastosa.

Felix asiente.

—Hemos terminado —anuncia Xaden sosteniéndole la mirada a

Suri y después al nariz aguileña, que dejan caer los hombros en actitud de derrota.

—Espero noticias sobre Zolya por la mañana —añade Brennan—. Consideren pospuesta esta reunión de la Asamblea.

Los miembros del concilio recogen sus sillas y pasan por delante de nosotros cuando nos hacemos a un lado. Imogen y Bodhi siguen junto a mí. Finalmente Xaden empieza a caminar hacia la salida, pero se detiene delante de mí.

—Nos vamos al valle. Reúnete con nosotros cuando estés lista.

—Los acompaño ya.

Este es el último lugar del continente donde querría quedarme atrás.

—Quédate y habla con tu hermano —me dice con tranquilidad—. Quién sabe cuándo tengan otra oportunidad.

Miro por encima del hombro de Bodhi a Brennan, de pie en mitad de la sala, esperándome. Brennan, que siempre dedicaba tiempo a vendarme las rodillas cuando era niña. Brennan, quien escribió el libro que me ayudó a sobrevivir durante el primer año. Brennan..., a quien me he pasado seis años echando de menos.

—Ve —insiste Xaden—. No nos iremos sin ti, y no vamos a permitir que la Asamblea nos dicte qué hacer. Eso es algo que decidiremos los ocho juntos.

Me dedica una larga mirada que hace que mi traicionero corazón me dé un vuelco, y luego se marcha, seguido de cerca por Bodhi e Imogen.

Lo único que me queda es voltear hacia mi hermano, cargada con seis años de preguntas.